

RAYMOND ARON Y ESPAÑA

PEDRO CARLOS GONZÁLEZ CUEVAS

Universidad Nacional de Educación a Distancia

I. INTRODUCCIÓN.—II. EL HOMBRE Y SU FORMACIÓN INTELECTUAL.—III. LIBERAL *IN PARTIBUS INFIDELIUM*.—IV. LA SOCIEDAD INDUSTRIAL.—V. DEMOCRACIA Y TOTALITARISMO.—VI. FRENTE AL NEOLIBERALISMO.—VII. EN TORNO A LA ANARQUÍA INTERNACIONAL.—VIII. DE MAYO DEL 68 A LA EUROPA DECADENTE.—IX. ARON Y ESPAÑA.—X. BIBLIOGRAFÍA.

RESUMEN

Raymond Aron es uno de los grandes renovadores del liberalismo de posguerra, mediante la asimilación a su discurso de la sociología, la economía keynesiana y el realismo político. En ese sentido, sus máximas contribuciones fueron el concepto de sociedad industrial, una visión realista de la democracia representativa, la sociología histórica aplicada a las relaciones internacionales y una crítica del neoliberalismo económico-político de Hayek y del marxismo-leninismo como religión secular. La recepción de su obra en España se vio obstaculizada, en primer lugar, por la existencia de un régimen político de carácter autoritario y luego por la emergencia de una nueva izquierda muy influida por el marxismo. No obstante, en la actualidad, Aron es un intelectual muy respetado en los círculos políticos e intelectuales de la derecha española.

Palabras clave: liberalismo; marxismo; religión secular; sociedad industrial; democracia representativa.

ABSTRACT

Raymond Aron is one of the greatest innovators of postwar liberalism, by the assimilation to his speech the sociological thought, the Keynesian economics and

the political realism. In that sense, their highest contribution were the concept of industrial society, a realistic view of representative democracy, an historical sociology applied to international relations, a critic of the political and economic Hayek's neo-liberalism and his view of Marxism-Leninism as a secular religion. The reception of his work in Spain had some difficulties, first by the existence of an authoritarian political regime and then by emergence of a new left heavily influenced by Marxism. However, at present, Aron is a highly respected intellectual in political and intellectual circles of the Spanish right.

Key words: liberalism; marxism; secular religion; industrial society; representative democracy.

I. INTRODUCCIÓN

Estudiar la obra de un intelectual y su compromiso social, con el objetivo de averiguar hasta dónde llega su implicación política y cultural, lo mismo que la influencia de su pensamiento, lleva forzosamente, so pena de caer en la abstracción, a revisar la época que constituye su contexto sociohistórico. Algo que resulta especialmente pertinente a la hora de analizar la figura de Raymond Aron. Y es que, como afirmó hace años el historiador François Furet, Aron perteneció al tipo de intelectual que necesitaba nutrir directamente su pensamiento del «espectáculo del mundo»(1). Ante todo, el intelectual francés hubo de enfrentarse a una profunda crisis del pensamiento liberal. Ya en las últimas décadas del siglo XIX, la ideología liberal comenzó a dar señales de un profundo desfallecimiento. Pero fue tras la Primera Guerra Mundial cuando se produjo el auténtico derrumbe del orden liberal, el auge del *corporativismo* y el ascenso del bolchevismo y de los regímenes fascista y nacional-socialista. En las sociedades de tradición liberal, como Inglaterra y Estados Unidos, tuvo lugar el ascenso del intervencionismo estatal y la construcción del llamado Estado del bienestar (Welfare State). En la Inglaterra de entreguerras, John Maynard Keynes, lord Beveridge y otros liberales revisionistas intentaron llegar a un punto de encuentro entre el viejo orden liberal-capitalista y los nuevos ideales socialistas(2). En Estados Unidos, en plena depresión económica, se produjo un giro radical de la política económica con el New Deal, mediante el cual el gobierno federal del presidente Franklin Delano Roosevelt llevó a cabo una regulación de las relaciones económico-sociales que, aunque moderado, permitió a sus críticos liberales y republicanos denunciar una amenaza «socialista» que, según

(1) FURET (2007): 486.

(2) MAIER (1988).

ellos, se cernía sobre el país. Al estallar la Segunda Guerra Mundial, todo parecía indicar que el ideal liberal había llegado finalmente a su término, mientras que el futuro aguardaba a formas socialistas y/o totalitarias de gobierno y de sistema económico.

No era sólo una crisis de carácter económico; el liberalismo se batía en retirada igualmente desde el punto de vista político e intelectual. No en vano Carl Schmitt, en los años veinte y treinta del pasado siglo, acusó al liberalismo de estar inspirado por un ethos que le impedía comprender el concepto de «enemigo»; y, en consecuencia, era incapaz de dotarse de una teoría realista del Estado y de la política. Inspirado en una fe ingenua en el progreso y en una visión optimista, en vez de realista, de la naturaleza humana, el liberalismo suponía, a juicio del constitucionalista alemán, una despolitización más o menos integral de la vida económica y social(3). La tesis de Schmitt era, sin duda, exagerada; y resultaba inadecuada a la hora de valorar las ideas de Hume, Smith, Montesquieu o Tocqueville; pero no del todo equivocada, porque siempre ha existido una dificultad clara en los pensadores liberales en el análisis de la problemática política, sobre todo en los ámbitos de la libertad individual y de la economía o de las relaciones internacionales.

A pesar de la derrota de Alemania e Italia en la contienda, el impacto de la Segunda Guerra Mundial produjo por doquier una ampliación en el ámbito y la intensidad de la actividad estatal, incluso en los países de tradición liberal. En Inglaterra, el Plan Beveridge para la implantación de una economía mixta tuvo una clara influencia socialista, mientras que en Estados Unidos, su participación en la contienda afianzó las tendencias dirigistas e intervencionistas del New Deal. En Europa, el resultado de la guerra supuso el confinamiento de la Europa central y oriental en la esfera del sistema totalitario soviético, así como el ascenso al poder de los gobiernos socialistas en gran parte del resto del Continente. Allí donde la opinión política no era franca y explícitamente socialista, reinaba el consenso general de que el futuro se encontraba en el Estado interventor y una economía, no de mercado libre, sino mixta y dirigida por el Estado. El éxito de la planificación de guerra convenció a la mayoría de los líderes políticos de que las mismas técnicas podrían y deberían usarse para promover el pleno empleo en el contexto de un rápido crecimiento, y pareció otorgar la autoridad de la experiencia práctica a las ideas económicas de Keynes, con su defensa de la capacidad del Estado para controlar la demanda en la economía de mercado a través de una intervención adecuada, aumentando el gesto público durante las recesiones,

(3) SCHMITT (1991): 98-99.

sobre todo para mantener el pleno empleo. Los años de posguerra asistieron, pues, a la consolidación del Estado del bienestar, cuyos orígenes se encontraban en la Alemania de Bismarck. Su objetivo era corregir por el sector público los efectos disfuncionales de la sociedad industrial competitiva, no sólo por una exigencia ética, sino también por una necesidad histórica, dado que era preciso optar, primero, ante la presión de las clases trabajadoras, y luego ante el desafío comunista, entre la reforma y la revolución. Tras la Segunda Guerra Mundial, esta alternativa fue asumida por los partidos democristianos y social-demócratas (4). En ese sentido, la trayectoria intelectual de Raymond Aron fue una respuesta a esa situación. Su proyecto político-intelectual tuvo como objetivo la reconstrucción del liberalismo. Como él mismo señaló en una entrevista, su liberalismo no pretendía edificarse en «principios abstractos», sino, siguiendo el ejemplo de sus principales maestros, Montesquieu, Tocqueville, Pareto y Weber, en el análisis concreto y realista de las sociedades contemporáneas, buscando «las condiciones económicas y sociales que dan una oportunidad a la supervivencia del pluralismo, es decir, del liberalismo a la vez político e intelectual» (5).

II. EL HOMBRE Y SU FORMACIÓN INTELECTUAL

A diferencia de otros pensadores liberales como Isaiah Berlin, Friedrich von Hayek y Karl Popper, insertos en el contexto de la sociedad anglosajona, donde el liberalismo tenía grandes reservas, Raymond Aron hubo de desenvolverse en un ambiente muy distinto, como era el de la sociedad francesa. Durante el período de entreguerras, las tradiciones antiliberales —jacobinas, tradicionalistas, fascistas y socialistas— disfrutaban de una amplia influencia; y después de la Segunda Guerra Mundial, el marxismo se convirtió en objeto de atracción por parte de los intelectuales franceses más carismáticos: Henri Lefebvre, Alexandre Kojève, Simone de Beauvoir, Louis Aragon, Louis Althusser, Maurice Merleau-Ponty; y, sobre todo, Jean Paul Sartre. Tal fue el contexto en el que se desarrolló la vida y la obra de Raymond Aron.

Nacido en París el 14 de marzo de 1905, Aron procedía de una familia de origen judío totalmente asimilada en las tradiciones francesas. Su familia era irreligiosa. En una entrevista, Aron señaló que a lo largo de su infancia nunca visitó un templo. El padre, profesor de Derecho, participaba del racionalismo y del cientificismo finisecular. Su ateísmo era, según Aron, «tranquilo, sereno

(4) GARCÍA-PELAYO (1977): 14 y ss.

(5) ARON (2004): 233.

y sin problemas». La madre, en la última etapa de su vida, experimentó un cierto retorno a las prácticas religiosas, pero estuvo condicionada por una serie de desgracias extremas. Aron siempre se declaró agnóstico, «spinozista», «ni judío ni cristiano». No obstante, consideraba la dimensión religiosa como una «dimensión constitutiva de la humanidad y de la sociedad» y en todo momento respetó las convicciones religiosas de sus parientes y amigos. En una de las últimas páginas de sus memorias, afirmó: «La ciencia jamás aportará nada comparable a la Alianza del pueblo judío o la Revelación de Cristo»(6).

Dos elementos contribuyeron a su formación intelectual: su estancia en la Ecole Normal, donde estudió el pensamiento social de los clásicos franceses. Entre los miembros de su promoción, se encontraban Jean Paul Sartre, el que luego sería su gran antagonista, y que entonces destacaba por su apoliticismo; Paul Nizan, seducido en un principio por el comunismo; Georges Canghilhem y Daniel Lapache. Uno de sus maestros fue Emile Chartier, más conocido por el pseudónimo de «Alain», que pasaba por ser el filósofo del radicalismo. En aquellos momentos, Aron se consideraba pacifista y «vagamamente socialista» sin ser marxista. En 1925, se afilió a SFIO (Section Française de la Internacional Ouvrière) y en 1936 votó al Frente Popular(7).

Singular fue su relación, hasta la muerte de ambos, con Sartre. A pesar de su análoga formación académica y extracción social, Aron y Sartre eran dos personalidades antagónicas; lo que tuvo su reflejo no sólo en sus respectivas obras, sino igualmente en su trayectoria vital. La vida de Sartre fue desordenada y bohemia; mientras que la de Aron fue reglada y clásica. El talante de Sartre era imaginativo, audaz, irreflexivo, arrebatador y voluntarista; mientras que Aron era razonador y prudente. A Sartre le sedujo la utopía; mientras que Aron siempre quiso ceñirse a los hechos. El autor de *Crítica de la razón dialéctica* solía equivocarse en la valoración de las personas y de los sistemas políticos; Aron, rarísima vez. En definitiva, el primero era un dionisiaco o, si se quiere, un romántico; y el segundo, un apolíneo o un clásico(8). A ese respecto, llegó a popularizarse la frase de que era preferible equivocarse con Sartre que acertar con Aron.

Trascendental fue su etapa en las universidades de Colonia y Berlín, donde se introdujo en el pensamiento filosófico y sociológico alemán: Georg Simmel, Ferdinand Tönnies, Karl Mannheim, Max Weber y Wilhelm Dil-

(6) ARON (2007): 270-271. (1985a): 720. BAVEREZ (1993): 21 y ss.

(7) BAVEREZ (1993): 37 y ss. SIRINELLI, «Raymond Aron avant Raymond Aron», en (2005): 322 y ss.

(8) COHEN-SOLAL (2006): 100-101.

they (9). Fruto de esta etapa fueron sus dos primeras obras: *La sociología alemana e Introducción a la filosofía de la historia*. De la primera destaca su valoración positiva de Max Weber, sobre todo por su enfoque histórico de la sociología y su realismo político. En *Introducción a la filosofía de la historia*, Aron puso a punto una concepción del papel de las ciencias sociales y de la relación entre el científico social y la política. Inspirándose en Dilthey y en Weber, recuperó la tesis fundamental del historicismo alemán sobre las diferencias entre ciencias de la cultura y ciencias naturales, exaltando la necesidad de «comprensión» en las ciencias del hombre; desmontó las pretensiones científicas de las filosofías de la historia en su vertiente hegeliano-marxista, spengleriana y comtiana; y propuso una concepción de las tareas de la ciencia social. Dado que los éxitos históricos son indeterminados y dado que los actores históricos modifican el curso de la historia con sus decisiones y sus acciones, la tarea del científico social es la de favorecer las decisiones «razonables». Poniendo a disposición de los actores, estadistas o simples ciudadanos, el conocimiento acumulado sobre los «determinismos parciales» —es decir, las regulaciones descubiertas en los comportamientos o en las interacciones sociales—, el científico social puede ayudar a los hombres de acción a tomar conocimiento de los vínculos en los cuales se podría encontrar su actuación y hacer buen uso, es decir, un uso razonable, de su libertad de decisión (10).

La estancia en Alemania de Aron coincidió con la llegada de Adolfo Hitler al poder. Junto a su amigo Golo Mann —hijo del autor de *Muerte en Venecia*— tuvo oportunidad de contemplar la quema de libros prohibidos en presencia de Joseph Goebbels delante de la Ópera de Berlín (11). Este fue uno de los acontecimientos que marcaron su orientación intelectual y política. En uno de sus primeros escritos, Aron caracterizó al nacional-socialismo como una «revolución antiproletaria», como una «revolución popular de derecha», cuya base social eran «las masas disponibles» movilizadas y unificadas por el partido, y que se rebelaban tanto frente a ciertas formas de capitalismo como de la «fatalidad de la proletarización». A sus ojos, el triunfo del nacional-socialismo era «una catástrofe para Europa, porque había reavivado una hostilidad casi religiosa entre los pueblos» (12). Ante la amenaza hitleriana, Aron juzgó nocivas las enseñanzas de Alain, cuyo pacifismo y hostilidad hacia el Estado habían tenido como consecuencia la debilidad del siste-

(9) ARON (1957a).

(10) ARON (2006).

(11) MANN (1987): 364-365. ARON (1985a): 61 y ss.

(12) ARON (2005a): 39-41, 53.

ma político francés e incluso de la propia nación francesa(13). Por otra parte, Aron nunca creyó que tanto el fascismo italiano como el nacional-socialismo alemán fuesen simples emanaciones del poder burgués, como pretendía el marxismo más superficial. Los fascismos, a su juicio, no podían ser calificados de contrarrevolucionarios; eran auténticas revoluciones de derecha(14). Como el comunismo, el nacional-socialismo era una «religión secular», producto de la dialéctica de la modernidad. Era la religión del «élan biológico», cuyo sujeto no era un ser racional, sino «un animal de presa»(15). Se trataba igualmente de una consecuencia de las luchas entre las distintas generaciones, de los «jóvenes contra los viejos». El III Reich surgió, según Aron, de «la revuelta de un pueblo oprimido, nutrido de entusiasmo y de idealismo», que configuraba una Alemania «confiada en sí misma y en su porvenir»(16). Este tipo de regímenes suponían un auténtico reto histórico en los países democrático-liberales, porque una buena parte de sus poblaciones deseaban otro tipo de sistema político(17).

Tras la derrota de Francia ante Alemania, Aron se trasladó a Londres y colaboró con el general De Gaulle, dirigiendo el periódico *La France Libre*. Sus relaciones con el estadista galo fueron, en algunos momentos, tensas, tanto durante el conflicto como después, sobre todo tras la instauración de la V República. Para Aron, De Gaulle siempre encarnó los peligros inherentes a la «tentación bonapartista»(18). El propio De Gaulle afirmó que Aron «nunca fue un verdadero gaullista»(19). En sus escritos de este período, Aron se centró en la crítica de los intelectuales franceses colaboracionistas, como Jacques Chardonne, Pierre Drieu La Rochelle, a quien calificaba de «romántico revolucionario»; Henri de Montherlant, Céline, etc.(20).

III. LIBERAL IN PARTIBUS INFIDELIUM

Finalizada la contienda, era ya un liberal convencido. Años después se definiría como miembro de la «escuela de sociólogos liberales, Montesquieu, Tocqueville, a los cuales agrego Elie Halévy»(21). No obstante, Aron fue un

(13) ARON (2005a): 182 y ss.

(14) ARON (1979a): 46.

(15) «Les religions séculières», en (1996): 161.

(16) «La revolution nationale en Allemagne», en (1993): 283-284.

(17) «État démocratique et états totalitaires», en (2005a): 68 y ss.

(18) BAVEREZ (1993): 183 y ss.

(19) SIRINELLI, «Aron», en (2006): 67.

(20) «Seduction des tyrannies», en (2005b): 237 y ss.

(21) ARON (1976): 23.

hombre de una formación intelectual muy amplia. De hecho, su lectura de Tocqueville y de Montesquieu fue más bien tardía. Sus primeros referentes fueron Marx y Weber; pero también Tucídides, Maquiavelo, Hobbes, Mosca, Pareto, Comte, Clausewitz, Schumpeter, Schmitt, etc. En gran medida rechazó la influencia de Durkheim (22). Desdeñó igualmente, desde el principio, a Charles Maurras y su escuela neomonárquica de *Acción Francesa* (23). Sin embargo, valoró positivamente la obra de uno de los miembros de esa escuela, el historiador Jacques Bainville, sobre todo su libro *Las consecuencias políticas de la paz* (24). Muy ambivalente fue su relación personal e intelectual con Carl Schmitt. En cierta medida, podemos considerar la obra de Aron no sólo como una reacción frente al marxismo y el fascismo, sino igualmente hacia la acusación de apoliticismo lanzada por el constitucionalista alemán frente al liberalismo. La obra de Schmitt fue conocida por Aron muy pronto, a lo largo de su estancia en Alemania; donde tuvo oportunidad de leer, entre otros, *El concepto de lo político y Estado, Movimiento y Pueblo*. Durante la Segunda Guerra Mundial, Aron presentó, en *La France Libre*, a Schmitt como «uno de los teóricos oficiales del nazismo» (25). Finalizada la contienda, Schmitt tuvo oportunidad de leer los primeros libros de Aron y mantener correspondencia con éste. No obstante, las reticencias del francés continuaron durante bastante tiempo. Fue el politólogo belga Julien Freund, a quien Aron dirigió su tesis doctoral sobre *La esencia de lo político*, quien supo acercar a los dos intelectuales (26). Con el tiempo, Aron se mostró próximo, no sin reticencias, a la definición schmittiana de lo político, plausible, sobre todo, en tiempos de guerra (27). Rechazó, sin embargo, algunos planteamientos de Schmitt defendidos en *Teoría del partisano* (28). Ambos llegaron a conocerse en Tubinga. Finalmente, la opinión de Aron sobre Schmitt fue positiva: «Carl Schmitt nunca perteneció al partido nacional-socialista. Hombre de gran cultura, no podía ser nazi y nunca lo fue» (29).

A partir de ahí, podemos considerar a Raymond Aron como un pensador de derecha, dentro de la tradición liberal francesa. Siguiendo a Thomas Sowell, entendemos por «derecha» aquella tendencia político-doctrinal que

(22) ARON (1976): 23 y ss.

(23) ARON (1985b): 98.

(24) ARON (1962): 188.

(25) MULLER (2003): 97.

(26) MOLINA CANO (2000).

(27) ARON (1987): 89. (1985b): 357.

(28) ARON (1987): 158.

(29) ARON (1985a): 626.

tiene por base una «visión» trágica del mundo, lo que se traduce en el pesimismo antropológico, en la defensa de las diversidades sociales y culturales, en el realismo político y en el reformismo frente a la revolución(30). Y es que el hombre aroniano está condicionado no sólo por su pasado a lo largo de toda su existencia, sino por su naturaleza biológica: «Animal combativo entre los primates, el hombre, tal y como lo ponen de manifiesto los psicólogos, se mueve por impulsos —sexualidad, deseo de posesión, voluntad de valer— que le hacen entrar en competencia con sus semejantes y, de manera inevitable, en conflicto con alguno de ellos (...) En ese sentido, los filósofos no se equivocaban a la hora de considerar que el hombre es *naturalmente* peligroso para el hombre»(31). Aron nunca creyó en la posibilidad de crear un «hombre nuevo», ya que rechazó tajantemente que pudiera transformarse «la naturaleza humana en sus profundidades»(32). Por otra parte, su inscripción en la historia es lo que «delimita el margen en el cual juega la iniciativa personal»(33). Todo cambio cualitativo resulta imposible, puesto que antes de ser una conciencia libre, el hombre es un ser histórico, cuya libertad se encuentra limitada por fenómenos sociales tan diversos como la guerra, el capitalismo o la democracia. A ello se unía, desde el principio, un claro realismo político contrario a lo que denominaba «humanismo vulgar». Para Aron, la esfera de la política era una esfera autónoma donde se desarrollaban las relaciones de poder y de dominación, relaciones marcadas por las luchas incesantes entre individuos, clases y naciones, y cuyo envite siempre es el poder, en la doble forma de poder legítimo y poder de hecho: «Las relaciones entre los hombres, trátese de economía o de política plantean problemas específicos, irreductibles a las leyes abstractas de la ética (...) Las definiciones concretas están tomadas siempre a una realidad histórica y no al imperativo abstracto. En otros términos, o bien se permanece en el empíreo de los principios vanos, o bien se cae en la deducción de consecuencias precisas que no valen sino para un momento»(34).

Tras un efímero paso por la política en el RPF gaullista, Aron se dedicó al periodismo, colaborando en *Le Figaro* y otros diarios y revistas. Fue uno de los fundadores de *Les Temps Modernes*, al lado de Sartre y Simone de Beauvoir; pero pronto rompió con sus antiguos amigos por profundas discrepancias de carácter político. En una de sus primeras obras de posguerra,

(30) SOWELL (1990): 55 y ss.

(31) ARON (1985b): 413-414, 427.

(32) ARON (1966): 230.

(33) ARON (2006): 427.

(34) ARON (2006): 460. Sobre el realismo político de ARON, véase CAMPI (2005).

Aron se planteó el problema de una posible conflagración atómica entre Estados Unidos y la Unión Soviética, llegando a la conclusión de que la paz, dadas las circunstancias, era imposible, pero que, al mismo tiempo, la guerra resultaba improbable, por las terribles consecuencias que podría tener para el planeta una guerra de carácter termonuclear (35). No obstante, el momento clave de la lucha contra el marxismo-leninismo fue su libro *El opio de los intelectuales*, cuyo objetivo fue denunciar el nefasto papel desempeñado por Jean Paul Sartre y otros intelectuales de izquierda, como Merleau-Ponty o Simone de Beauvoir, con su apoyo a los comunistas y su interpretación del marxismo. A su juicio, el marxismo se había convertido, para estos intelectuales, en una especie de *religión secular*, que sacralizaba una serie de mitos como el sentido predeterminado de la historia, el papel del proletariado, la revolución, la lucha de clases, etc. Aron predice, en esa obra, el «fin de la era ideológica» (36). Sin embargo, Aron distinguió siempre entre el marxismo dogmático y superficial de los intelectuales como Sartre, que ignoraba los saberes de la ciencia económica y de la sociología, y que era, además, incompatible con el individualismo característico de la filosofía existencialista; o el *marxismo imaginario* de Louis Althusser y sus discípulos, de lo que él denominaba el *marxismo de Marx*. El marxismo vulgar o el marxismo «imaginario» estaba vinculado a un sistema filosófico utópico, es decir, al materialismo dialéctico, al análisis de las contradicciones sociales, la lucha de clases y la visión historicista de la sociedad, mientras que el *marxismo de Marx* se encontraba fundamentalmente en *El Capital* y en los análisis de la estructura productiva de la sociedad, es decir, al materialismo histórico. En ese sentido, Marx había aportado pautas de análisis científico de las sociedades capitalistas. No obstante, sostenía que esos análisis habían perdido vigencia temporal y valor científico; y que de él sólo quedaba su parte «religiosa», escatológica, es decir, utópica e ideológica, tal y como la defendían los regímenes de socialismo real tras la Segunda Guerra Mundial (37).

Simone de Beauvoir, la inseparable compañera de Sartre, caracterizó a su antiguo amigo Aron como un representante más de un pensamiento de derecha caracterizado por el miedo al futuro. A Raymond Aron no le interesaba la defensa de los valores cristianos y humanistas; su objetivo era tan sólo «la derrota del comunismo». Era un maquiavelista caracterizado por un «cinismo sin esperanza» (38).

(35) ARON (1948): 13 y ss.

(36) ARON (1979a).

(37) ARON (1969) y (2010).

(38) BEAUVOIR (1971): 15, 33, 48, 50.

Sin embargo, sus ataques no iban únicamente hacia la izquierda. Su adhesión a ese descarnado, gélido y, a la vez, lúcido realismo político se puso de manifiesto en su tratamiento de la cuestión argelina. A su entender, la visión tradicional de la grandeza de Francia era, en aquellos momentos, contraria al interés nacional. Por ello, aconsejó a los gobernantes una solución negociada con el Frente de Liberación Nacional y, en definitiva, al abandono de Argelia, en las mejores condiciones posibles. Y es que, en el exterior, la obstinación en vencer por las armas a los nacionalistas contribuiría al aislamiento internacional, a la reducción de la libertad de acción y su margen de iniciativa, al tiempo que comprometía irremediabilmente los retos de la construcción europea. En el interior, contribuiría a agravar las disensiones y el desgarramiento de la conciencia nacional; además, constituiría una clara amenaza para las libertades políticas, que podría finalizar en la instauración de una dictadura militar. Francia no necesitaba ya un imperio, sino desarrollo industrial y social. El debate argelino no hacía más que marcar su paso de «potencia mundial a potencia continental» (39).

A la altura de 1955, Aron accedió como profesor a la Sorbona en la Facultad de Sociología; y luego fue nombrado Director de Estudio en el Collège de France. A lo largo de este período elaboró su proyecto de renovación del liberalismo, con su teoría sobre la sociedad industrial, la visión realista del régimen de democracia representativa, su crítica a los sistemas totalitarios y del neoliberalismo de Hayek y su interpretación de la realidad internacional.

IV. LA SOCIEDAD INDUSTRIAL

Aron contrapuso la figura y la obra de Alexis de Tocqueville a las de Marx. El autor de *La democracia en América* no sólo había puesto de relieve la importancia de las ideas y su influencia en la realidad social, sino la autonomía del factor político frente al determinismo económico, así como la exaltación de la libertad como una opción, por la cual es preciso luchar política e ideológicamente. De la misma forma, Tocqueville había sabido prever la emergencia de la sociedad democrática, es decir, basada en la eliminación de las aristocracias hereditarias, la ciudadanía universal y la extensión del bienestar, el respeto a las libertades personales y a los procedimientos constitucionales: «ciudadanía burguesa, eficiencia técnica y derecho de cada cual para elegir el camino de salvación» (40).

(39) ARON (1957b).

(40) ARON (1966): 17 y ss.

Desde esta perspectiva, Aron elaboró su concepción de la *sociedad industrial*, a la que definió como aquella en que la gran empresa industrial era la forma de producción predominante. Esta sociedad tiene una serie de características universales: la gran empresa supone una economía progresiva con sostenida acumulación de capital; tiene necesidad de cálculo económico racional para invertir, comerciar, fijar precios de su producción, etc.; la unidad productiva industrial introduce la división tecnológica del trabajo y crea un tipo de proceso laboral original; y produce, en fin, una significativa concentración obrera sobre los lugares de trabajo. En aquellos momentos, existían, para Aron, dos tipos de *sociedad industrial*: el capitalista y el soviético de economía planificada. En la capitalista, los medios de producción son objeto de propiedad privada; la regulación de la economía estaba descentralizada; el reparto de los recursos se regía principalmente por los mecanismos de las leyes de mercado; y el objetivo central de la economía consistía en la búsqueda de ganancias. En la sociedad de economía planificada, los medios de producción eran de propiedad estatal; la regulación estaba centralizada; el reparto de recursos se fijaba por el Plan; y el objetivo principal de la economía parecía ser el fortalecimiento del poder estatal. A pesar de estas diferencias, existían algunos caracteres comunes entre ambos modelos de sociedad industrial: la transferencia de la mano de obra de la agricultura a la industrial; el aumento de la producción global y el incremento de la cantidad de valor producido per cápita; crecimiento de la productividad; voluntad de poseer más y vivir mejor; progresiva homogeneidad entre las distintas clases sociales. A ese respecto, Aron creía posible que el capitalismo estuviese cada vez más regulado por el Estado; y que el sistema soviético adoptase mecanismos de mercado (41).

A juicio de Aron, la evolución de las sociedades industriales las alejaba cada vez más del modelo de análisis marxista tradicional. A causa de su complejidad, las sociedades industriales modernas presentaban una creciente heterogeneidad de los criterios de estratificación. Además, tales criterios no coincidían necesariamente, es decir, las posiciones de los individuos en las diversas jerarquías, de poder, de los ingresos, de la propiedad, del prestigio tendían a disociarse. Lo cual impedía la emergencia de conjuntos homogéneos, fácilmente detectables y de una conciencia y voluntad comunes, fundadas en la similitud de las condiciones socioeconómicas. Así, la lucha de clases cedía el paso a conflictos de intereses, a reivindicaciones parciales. No obstante, en los períodos de crisis, los estratos tenían tendencia a transfor-

(41) ARON (1971).

marse en clases, tomando conciencia de sí y actuando mediante organizaciones sindicales y partidos (42).

V. DEMOCRACIA Y TOTALITARISMO

A nivel político, la *sociedad industrial* no implicaba una determinación unívoca del régimen de Estado. No existía, a juicio de Aron, una determinación unilateral de lo social sobre lo político; más aún, el régimen político era el fundamento del grado de conciencia, personalidad y organización de las clases sociales y del sistema económico. En consecuencia, la característica esencial de cada *sociedad industrial* dependía de lo político; y las sociedades industriales se diferenciaban por la organización de los poderes públicos (43).

Por una parte, se definen los regímenes *constitucional-pluralistas*, en los cuales las libertades y los derechos son salvaguardados por la división de poderes establecida por la constitución y por la heterogeneidad de los grupos sociales múltiples, representados por diversos partidos políticos en competencia entre sí. El sociólogo galo se jactó, en ese sentido, de «despoetizar» y «desencantar» la idea democrática. A su entender, la democracia era «el único régimen que confiesa o, mejor aún, que proclama que la historia de los Estados está y debe estar escrita en prosa y no en verso» (44). Para Aron, la democracia se define sociológicamente como «la organización de la *competencia pacífica* como miras al ejercicio del poder»; y no por la soberanía del pueblo, concepto que Aron calificaba de «malabarismo ideológico», ya que era imposible definir qué era el pueblo. Ideas como la «voluntad general» de Rousseau, podían llevar a la «dictadura del pueblo» o, mejor dicho, a la de «aquellos que dicen representarlo». La competencia electoral era la traducción posible de la idea de soberanía popular. Lo fundamental era, en ese sentido, el respeto a las minorías y la aceptación del compromiso de respetar la competencia pacífica (45).

Por el otro lado, el sistema soviético se basa en un régimen de partido único o monopolístico, que se legitima por el proceso de revolución permanente que intenta llevar a cabo. La capacidad de acción del partido único es casi ilimitada en su voluntad de transformar la sociedad, como reflejaba la

(42) ARON (1968): 20-21.

(43) ARON (1968): 123 y ss.

(44) ARON (1985a): 676. (1979b): 34.

(45) ARON (1999).

experiencia de la URSS; y llevaba a la supresión de todos los grupos independientes o de los grupos intermedios; el dirigismo ideológico e incluso el terror. En la *sociedad industrial*, se podía optar entre los regímenes constitucional-pluralistas y los de partido único; no imponía ningún sistema concreto. Ello explica por qué un país tan desarrollado como Alemania escogió el camino del nacional-socialismo. Las economías y las sociedades occidentales y la soviética tendían a aproximarse social y económicamente, pero ello no significaba que evolucionaran hacia la democracia liberal. En realidad, una sociedad capitalista podía evolucionar hacia regímenes de partido único; y que la soviética se transformase en pluralista (46).

A pesar de admitir y denunciar los defectos de los regímenes constitucional-pluralistas y de jactarse de haber desmitificado la democracia, sobre todo con sus críticas a la hegemonía de las oligarquías políticas y sociales, Aron fue siempre un fervoroso partidario de las instituciones de la democracia parlamentaria. Un régimen constitucional-pluralista era preferible a los del monopolio político, cuyos defectos eran esenciales. La justificación más pertinente de la democracia liberal no radicaba en la eficacia de los hombres que se gobiernan a sí mismos, sino en la protección que aporta contra los excesos de los gobernantes, los límites y controles del poder. La democracia liberal era incompatible con la revolución, porque consideraba que las decisiones políticas eran revocables y aceptaba recíprocamente las diferencias en busca de un consenso común. Por otra parte, las llamadas «libertades formales» eran muy importantes a la hora de garantizar las conquistas sociales y el principio de igualdad. La democracia liberal tenía por fundamento, no el optimismo, sino la «filosofía de la desconfianza» (47).

Por otra parte, las sociedades industriales capitalistas se caracterizaban por la ausencia de una clase dirigente en sentido estricto, ya que, en su seno, las categorías dirigentes se encuentran divididas y compiten entre sí. Estas elites —propietarios de los medios de producción, gestores o administrativos, líderes de masas, altos funcionarios, políticos, intelectuales, etc.— no son sólo distintas, sino que están en lucha; de lo cual se deduce que la clase dirigente sufre una «desintegración» en una especie de «guerra fría permanente» o de coexistencia pacífica entre grupos dirigentes. Por el contrario, en las sociedades de tipo soviético, estos grupos tienen tendencia a identificarse y a confundirse, reagrupándose bajo una «autoridad temporal y espiritual» (48).

(46) ARON (1968).

(47) ARON (1999) y (1966).

(48) ARON (1989): 178.

VI. FRENTE AL NEOLIBERALISMO

A diferencia de Hayek o Von Mises, Aron no condenó el Estado benefactor; y apoyó las políticas keynesianas. En alguna ocasión, se autodefinió como «keynesiano con alguna inclinación al liberalismo»(49). Aron creía que los efectos del Estado benefactor eclipsarían cualquier forma de apoyo a proyectos revolucionarios y difundirían entre las masas, sobre todo obreras, el *escepticismo político*. De ahí su referencia a un posible fin de las ideologías y de las *religiones seculares*, como el marxismo-leninismo. De hecho, Aron no recató sus críticas al liberalismo hayekiano. Aron estimaba que su concepción negativa de la libertad excluía ideas que los hombres del siglo XX asociaban comúnmente a la idea de libertad. En primer lugar, la libertad comprendida como participación en el orden político, la libertad nacional o la libertad concebida como poder del individuo o de la colectividad para realizar sus propios fines. Para Aron, el concepto de libertad negativa no rendía suficiente cuenta de las diferentes modalidades de las relaciones interhumanas. Su definición no permitía distinguir claramente entre las influencias coactivas y no-coactivas. Algo que resultaba indispensable, ya que toda vida en sociedad implicaba una coordinación de actividades individuales, exigentes, no sólo de reglas, sino igualmente, como habían señalado los teóricos de las élites, de una jerarquía de autoridad. Así, la definición hayekiana de la coacción, por su carácter excesivamente general, asimilaba bajo la misma categoría todas las actividades sin preguntarse suficientemente si disfrutaba o no de consentimiento. Si se reconocía la importancia crucial del consentimiento, ello conducía a introducir, entre la libertad-actividad personal y la coacción, una categoría neutra, porque el individuo, en tales situaciones, no era ni libre ni verdaderamente coaccionado, puesto que reconocía la necesidad o la legitimidad del mando, de la dominación. Reducir la libertad a la ausencia de coacción parecía al sociólogo francés muy problemático. Ciertamente Hayek no desconocía el hecho de que la vida en sociedad exigía un cierto número de coacciones, pero consideraba que, en una sociedad libre, el gobierno de los hombres debía atenuarse lo más posible ante el reino de la ley que se impone a todos en razón de su abstracción y de su generalidad. La libertad se confunde entonces con la obediencia a leyes impersonales como la sola condición de que las leyes no sean opresivas. Como sociólogo, Aron responde a la idea hayekiana diciendo que si se reconoce que la ley general esconde una voluntad humana, entonces la oposición sobre la que se funda

(49) ARON (1979a): 10.

el conjunto de su doctrina queda muy debilitado. Porque, en el fondo, la perspectiva hayekiana daba a los grupos sociales y económicos dominantes un derecho moral de veto sobre la legislación. La incapacidad del liberalismo hayekiano para justificar la distinción entre ley impersonal y mando era evidente, porque convertía a las leyes generales en poco menos que leyes naturales. El liberalismo, tal y como lo concebía Hayek, no podía explicar la esencia de lo político. La exclusión a priori de la libertad positiva, como garantía de participación política y como voluntad de independencia nacional, le parecía al sociólogo francés difícilmente sostenible. Aron estimaba que existían motivos si no razonables, sí, al menos, inteligibles en la primacía dada por algunos a la independencia de su nación por encima de sus libertades individuales. Mientras en el liberalismo de Hayek no aparece el tema de las reivindicaciones nacionales, Aron las acepta a condición siempre de poder medir los riesgos políticos y para la libertad individual que pueden comportar los movimientos de emancipación nacional. De esta manera, Aron dejaba abierta la cuestión de saber cómo plantearse el problema de la libertad nacional desde una perspectiva liberal. Más crítico se muestra aún Aron con el liberalismo económico de Hayek. Para el sociólogo francés, la competición económica y la competición política no se armonizan de forma espontánea; y no constituyen, de hecho, dos modalidades de una sola e idéntica lógica. Por el contrario, existe una relación dialéctica entre un régimen económico de pura concurrencia y un régimen de competición política. Lejos de acompañar como una sombra al sistema económico liberal, la libre competición política permite a los individuos y a los grupos sociales protestar contra las consecuencias de la libre concurrencia económica. Si la competición política no conduce inevitablemente a la destrucción del principio de libertad económica, favorece, sin duda, la instauración de una economía mixta. Esto no es, como señalara Hayek, producto de una alteración inventada por los ideólogos socialistas, herederos del *constructivismo* de Saint-Simon y sus seguidores, sino que se inscribe en la propia lógica de los sistemas de democracia pluralista. La cuestión es entonces saber hasta dónde debe llevar esta regulación, para que no ponga en peligro las libertades fundamentales y la eficacia económica. En cualquier caso, Aron cree que el liberalismo económico sin trabas resulta incompatible con la democracia, es decir, con el sistema de competición política. Estaba convencido de que el régimen político competitivo conducía de manera casi fatal a un sistema de economía mixta; y que un liberalismo económico como lo concebía Hayek y otros liberales de su escuela conducía a la dictadura política. Existían, sin embargo, puntos de convergencia ocasionales entre Aron y Hayek. El sociólogo francés se apoyó en algunos planteamientos liberales clásicos hayekianos para mostrar a las

democracias occidentales la necesidad de respetar exigencias esenciales de la tradición liberal, como la libertad de pensamiento y el respeto a los derechos individuales. Sin embargo, el liberalismo de Hayek reposaba, para Aron, sobre una base filosófica limitada e insatisfactoria. Y es que cuando Aron invocaba a la decadencia de las ideologías designaba no sólo al marxismo dogmático, sino también al «otro sistema global de interpretación», es decir, a «los liberales a lo Hayek» (50).

VII. EN TORNO A LA ANARQUÍA INTERNACIONAL

Relacionado con todo lo anterior, otra de las grandes deficiencias de la perspectiva hayekiana, a juicio de Aron, era la ausencia de análisis de la política exterior. Y es que era precisamente el ámbito de la política exterior donde se mostraba la dificultad de perseguir hasta el fondo el ideal hayekiano de una libertad garantizada por las leyes. Por su propia naturaleza, la política exterior se encuentra reservada al dominio de los hombres, no de las leyes. La existencia del poder de decidir sobre la paz y la guerra, es una de las consecuencias de la anarquía internacional. Es ésta una circunstancia que debilita bastante la posibilidad de sustituir el gobierno de los hombres por el gobierno de las leyes (51).

Como en el resto de su obra, Aron se mostró como un realista confeso, postulando la sociología histórica como método de análisis. Su punto de partida fue que el estado de naturaleza —o de guerra potencial— en el ámbito interior de los Estados es sustancialmente diferente cuando se trata de relaciones entre Estados. Allí los ciudadanos se subordinan a la ley; por el contrario, en las relaciones internacionales, «las unidades políticas se esfuerzan por imponerse unas a otras su propia voluntad». En las relaciones internacionales no existe una instancia a la cual cada Estado tenga que subordinarse; no existe un poder central. Cada Estado es una unidad autónoma y, en consecuencia, se encuentra en su misma naturaleza la lucha por su supervivencia. Los Estados reclaman su derecho a imponer la propia voluntad. Por ello, y en función de vivir en ese estado de naturaleza internacional, la finalidad de cada una de las unidades políticas era la seguridad; en última instancia, su supervivencia. Y ésta se logra utilizando la violencia como medio, no sólo durante la guerra, sino igualmente en tiempos de paz. De ahí que Aron

(50) ARON (1999) (1966).

(51) ARON (1997): 205 y ss.

distinga entre «violencia simbólica» —o «diplomacia de cañoneras»— y la violencia clandestina —terrorista o partisana— a la cual ve como una de las características del siglo xx. Los Estados tienen dos tipos de objetivos: los eternos, es decir, su supervivencia, o sea, la seguridad, el poder y la gloria; y los objetivos históricos, que varían de acuerdo a las circunstancias, y que pueden ser la importancia militar o la estrategia adoptada, las ventajas espacial-demográficas y los beneficios espacial-económicos. A ese respecto, Aron definía el sistema internacional como «el conjunto constituido por una serie de unidades políticas que mantienen entre sí relaciones regulares y que son todas susceptibles de verse implicadas en una guerra general». Son miembros de pleno derecho del sistema internacional aquellas unidades que pueden ser tenidas en cuenta en sus cálculos de fuerza, por los responsables de los principales Estados. Este sistema internacional posee una estructura que es siempre oligopolística y que se rige por equilibrio de poder. Hasta la era nuclear, éste se había caracterizado por una multiplicidad de actores que jugaban este juego de equilibrios. Por ello, la distinción básica que había de hacerse respecto de la configuración del sistema era la de multipolaridad o bipolaridad. En la primera, son posibles diversas combinaciones de equilibrio; mientras en la segunda, las posibilidades de dos unidades sobrepasan absolutamente a las de las demás, de manera que el equilibrio ya no es posible más que a través de la formación de dos coaliciones a las cuales los Estados medianos o pequeños deben sumarse. Este sistema bipolar implica una jerarquía de hecho, que permite a las grandes potencias intervenir en los asuntos del resto, modelando el sistema, mientras que los otros intentan adaptarse a él. A juicio de Aron, la paz no es un horizonte al que los hombres llegarán, sino simplemente «la suspensión más o menos duradera de las modalidades violentas de la rivalidad entre unidades políticas». La paz está fundada no en el deseo, sino en el poder y tiene distintas categorías de relación de fuerza: paz de equilibrio, paz hegemónica, paz imperial, etc. Esta clasificación de paces conlleva la clasificación de las guerras: interestatales, supraestatales o imperiales, infraestatales o infraimperiales. La reflexión sobre los principios de la paz lleva al sociólogo francés al tema de la paz por el terror, que es la que «reina o reinaría entre unidades políticas, cada una de las cuales tiene o tendría la capacidad de ocasionarle a otra daños mortales». Tratando de comprender el funcionamiento del sistema, Aron llegó a percibir la existencia de otras relaciones que, autónomamente, también existen en el ámbito internacional. La existencia de la sociedad transnacional fue otro de los significativos aportes de Aron. La sociedad transnacional se manifestaba por «los intercambios comerciales, las migraciones de individuos, las creencias comunes, las organizaciones que trascienden más allá de las fronteras y

por las ceremonias y competiciones abiertas a los miembros de esas unidades» (52).

Con posterioridad, el interés de Aron se centró en la figura y en la obra de Carl von Clausewitz. La preocupación que le llevó al estudio del pensador alemán fue la concepción que éste elaboró de la guerra absoluta y de la guerra total, a las cuales podía acercarse cada vez más la guerra real, con el agravante de la existencia de las armas nucleares. Su visión del estado de naturaleza le imponía la inquietud acerca de lo que los hombres podían hacer si la política no guiara el conflicto entre Estados. De ahí que el objetivo implícito de su obra *Pensar la guerra* fuese destacar que la propuesta de Clausewitz consistió en advertir que la política —o la inteligencia del Estado personificado— debía guiar los pasos militares como un instrumento de acción estatal. A juicio de Aron, lo que aún salvaguarda al hombre de su propia autodestrucción es, justamente, la fórmula elaborada por Clausewitz: poner a la guerra bajo la subordinación de la política. No obstante, quedaba aún por dilucidar si la política podría a su vez ser controlada o si responde a una lógica más allá de los sentimientos, pasiones o intereses personales de las elites políticas. La política representa a la inteligencia del Estado personificado, aunque de ello pueda desprenderse el problema de hasta qué punto puede personificarse el Estado. En ese problema, Aron reconocía que la dirección de un Estado sufre múltiples influencias ajenas a la inteligencia; y que, de la mano del concepto clausewitziano, puede llegarse a lo que se denomina «interés nacional», que debería guiar las acciones de los Estados en esa política internacional que aún permanecía en estado de naturaleza. A ese respecto, Aron lamentaba que «los Estados no se parezcan más a personas inteligentes» (53).

En un contexto bipolar como el salido de la Segunda Guerra Mundial, Aron fue un partidario ferviente de la OTAN y de la Comunidad Económica Europea. En su opinión, los europeos, a causa de su debilidad, tan sólo tenían dos opciones: defender su propia independencia e intentar influir en los acontecimientos a través de su alianza con Estados Unidos (54). Lo cual no significaba que el Estado-nación estuviera ya sobrepasado, aún disponía de múltiples posibilidades (55).

(52) ARON (1985b): 107, 108, 95, 133, 146 y ss.

(53) ARON (1987): 5, 198, 207.

(54) ARON (1985b): 539 y ss. (1973).

(55) ARON (1985b): 490-493.

VIII. DE MAYO DEL 68 A LA EUROPA DECADENTE

Estas y otras opiniones valieron, entre los círculos de la izquierda, a Raymond Aron la fama de pensador de la «guerra fría», al servicio de los intereses norteamericanos. Para no pocos, Aron era el maestro de Henry Kissinger, quien, por cierto, lo consideraba un «gran sociólogo y politólogo» (56). No menos polémicas fueron sus opiniones sobre los sucesos de mayo de 1968. A su juicio, aquellas revueltas estudiantiles carecían totalmente de objetivos políticos: el 68 debía entenderse simplemente como una representación teatral callejera colectiva, como un «psicodrama» o un «delirio verbal»; era una «revolución introuvable» (57). Esta interpretación fue muy mal recibida por el conjunto de las izquierdas. Aron fue boicoteado en sus clases universitarias; lo que fue apoyado por Jean Paul Sartre (58). En el fondo, para Aron, los sucesos de mayo podían interpretarse igualmente como una consecuencia de la dialéctica de la modernidad, que generaba las «desilusiones del progreso». Aquella revuelta libertaria en el interior de las sociedades industriales liberales era producto de las contradicciones características del Occidente industrializado, entre «las ideas democráticas y las estructuras semiautoritarias de las instituciones». «La igualdad de los ciudadanos debe transigir no solamente con la desigualdad de renta, sino la jerarquía de los poderes y del prestigio» (59).

Por aquel entonces, hubo de abandonar *Le Figaro*, por discrepancias con su editor; y comenzó a colaborar en *L'Express*. Aron se mostraba muy pesimista con respecto al porvenir de las democracias europeas. Las sociedades industriales avanzadas del continente se veían amenazadas no sólo, en el exterior, por la Unión Soviética, cada vez más agresiva y militarizada, sino por las crisis demográficas y económicas, por la posibilidad de una alianza entre comunistas y socialistas, la decadencia de las instituciones tradicionales, como la Iglesia y el Ejército, y los sentimientos igualitaristas (60). Políticamente, apostó por Valéry Giscard D'Estaing, en contra de François Mitterand, cuyos planteamientos izquierdistas rechazó permanentemente en la prensa (61). A pesar de todo, no se encontró solo o aislado. En torno a su figura y sus ideas, se agruparon intelectuales como Jean Baechler, Jean Claude Casonova, Annie Kriegel, Pierre Manent, Raymond Boudon, Kostas Papaio-

(56) KISSINGER (2010): 636.

(57) ARON (1970).

(58) SARTRE, «Las Bastillas de Raymond Aron», en (1973): 147 y ss.

(59) ARON (1969): XIII-XIV.

(60) ARON (1977) y (1984).

(61) ARON (2005b).

nnaou, etc. Aron fue el fundador de la revista *Commentaire*, en cuyo comité tan sólo figuraba un autor de lengua española como Mario Vargas Llosa. No obstante, Aron manifestó permanentemente no querer ser «un jefe de secta», negando la existencia de una escuela «aroniana» (62).

IX. ARON Y ESPAÑA

España no ocupa un lugar destacado en la obra de Raymond Aron. Lo cual era explicable dada la personalidad y los objetivos del intelectual galo. España ha suscitado el interés de escritores franceses como Maurice Barrès, Henri de Montherlant o Georges Bernanos, seducidos por el esteticismo y el folklorismo romántico (63); pero no de filósofos y sociólogos como Aron, preocupados por cuestiones políticas y sociológicas, en particular por los conflictos de hegemonía entre las grandes potencias, entre las que España no figuraba. Hasta el estallido de la guerra civil, España no aparece en su horizonte intelectual. En un principio, su opción fue muy clara. En sus memorias, confiesa que estuvo «de todo corazón a favor de los republicanos españoles». Entre sus amistades, el apoyo a la República no admitió la menor vacilación. André Malraux, Eric Weil, Robert Marjolin, Alexander Koyré y Alexander Kojève fueron fervientes republicanos. Ahora bien, la opción republicana se le fue haciendo sospechosa por el apoyo de la Unión Soviética al régimen español. A ese respecto, acabó juzgando razonable y realista la posición neutralista del gobierno francés: «¿Puede el jefe de un gobierno democrático comprometer a su país en una acción que lleva aparejada un riesgo de guerra y que la mitad del país no juzga de acuerdo con el interés nacional?». Finalmente, consideró, como su amigo Golo Mann, que la sociedad española, profundamente dividida y subdesarrollada, no estaba preparada para una democracia de corte liberal; y que el largo reinado de Francisco Franco respondía a una «necesidad trágica» (64). En su obra *Paz y guerra entre las naciones*, consideró que la victoria militar de Franco fue consecuencia de su superioridad militar más que de la «discordia en el campo republicano» (65). Desde su perspectiva liberal y realista, el régimen nacido de la guerra civil fue siempre, a su juicio, un mal menor, susceptible de evolución y mejora. De ahí que juzgara que si bien la España de Franco no contribuyó, a lo largo de la guerra mundial, a la victoria de los aliados, tampoco lo hizo a favor del Eje. Y es que la guerra ci-

(62) ARON (2004): 294.

(63) GONZÁLEZ CUEVAS (2009).

(64) ARON (1985a): 139-140.

(65) ARON (1985b): 83.

vil española podía considerarse como «el prelude de la guerra europea, pero de la que comenzó en 1941 más que de la que estalló en 1939»(66).

A lo largo de su obra, el régimen de Franco fue objeto de algunos de sus análisis y reflexiones políticas y sociológicas. A diferencia de no pocos intelectuales europeos de la época, Aron nunca creyó que el régimen español pudiera ser conceptualizado con un mínimo de rigor como fascista. A su entender, fue en todo momento el clásico régimen autoritario y conservador. Lo era tanto por las bases sociales que le servían de sustento como por las instituciones y la ideología que contribuían a su legitimación. El franquismo había reemplazado a «un régimen parlamentario, fue financiado y sostenido por los privilegiados (grandes propietarios, industriales, Iglesia, ejército), obtuvo la victoria en los campos de batalla de la guerra civil gracias a las tropas marroquíes, a la participación de los carlistas, gracias a la intervención italiana y alemana», «la ideología contrarrevolucionaria, familia, religión, autoridad»(67). Como politólogo, Aron destacaba la inexistencia de un partido único en la España de Franco, su carácter apartidista, a diferencia de la Alemania nazi, de la Italia fascista y de la Rusia soviética, y en coincidencia con el Portugal salazarista y la Francia de Vichy (68). De ahí que no pudiera ser considerado como un régimen totalitario, sino «autoritario en nombre de la idea que se hace de España y de la doctrina de legitimidad que proclama, aceptando grupos organizados de los cuales ninguno, Falange, Iglesia, ejército o sindicatos es considerado el soporte exclusivo del Estado». La tolerancia del régimen hacia una determinada «pluralidad de fuerzas», pero no a un pluralismo político efectivo, planteaba, a su juicio, el problema de «en qué medida puede combinarse el pluralismo de las organizaciones familiares, regionales y profesionales con la negación de los partidos»(69). Destacaba igualmente Aron la influencia de la Iglesia católica, cuyo papel social se encontraba vinculado al «mantenimiento de la estructura social», y que tenía su explicación en la lentitud del desarrollo económico industrial(70). De todas formas, Aron consideraba al régimen de Franco menos conservador que el portugués de Oliveira Salazar, ya que encerraba en su interior «ciertos elementos de fascismo moderno, aun cuando sólo el movimiento falangista presenta similitudes con el fascismo italiano»(71).

(66) *Ibidem*, pág. 140.

(67) ARON (1979a): 22.

(68) ARON (1999): 209-210.

(69) ARON (1968): 81 y 302.

(70) ARON (1971): 220.

(71) ARON (1968): 194.

A partir de los años cincuenta, Aron reconoció que la sociedad española iba entrando progresivamente en la sociedad industrial (72). En 1964, el pensador francés participó, en Nápoles, en un Coloquio organizado por el Centre de Sociologie Européenne, donde se trató el tema de los problemas de desarrollo económico en las sociedades mediterráneas. Allí debatieron, junto al sociólogo galo, economistas españoles como Ramón Tamames, José Luis Sampedro y José Luis Sureda. En su disertación, Aron comentó las ponencias de aquellos economistas y llegó a la conclusión de que España había entrado en «la vía de la modernización; está a punto de salir del semiaislamiento económico e industrial, que ha sufrido durante largos años». «Una revista inglesa, hace ya algunos meses, escribía que el próximo milagro económico será España. Anticipación acaso audaz, dado que los obstáculos a superar son todavía considerables, pero que no deja por ello de mostrar las perspectivas abiertas a la España del inmediato futuro». Ahora bien, Aron resaltaba que la modernización española no se realizaría plenamente sin una «reforma intelectual y moral», «de la que el desarrollo de los estudios económicos y sociológicos no es más que un aspecto». Una reforma que se realizaría «inevitablemente en comunidad con Europa» (73).

De ahí en adelante, Aron propugnó en la prensa francesa la «conversión progresiva» de España en una sociedad liberal, mediante el incremento de las relaciones comerciales y militares con Francia y los demás países europeos. Y es que no tenía ningún inconveniente en reconocer que el régimen español era cada vez «más liberal». Sin embargo, estimaba que su adhesión al Mercado Común, tal y como propugnaba el general De Gaulle, resultaba «más compleja», ante todo por razones de carácter político. Porque, pese a su clara evolución en sentido liberal, el régimen español no había trascendido aún su «origen trágico», ni había garantizado una reconciliación efectiva entre los españoles. Por todo ello, no podía formar parte de una Comunidad que «no estaba fundada sobre un dogma, sino que no puede existir sin el consentimiento de los pueblos y el respeto a las libertades fundamentales». A ese respecto, reprochaba al general De Gaulle su proclividad hacia el régimen de Franco, algo que entraba en contradicción con su trayectoria política anterior, como antiguo líder de la Francia libre (74).

La prensa española, y en particular el diario *ABC*, siguieron detenidamente los pasos de Aron, sobre todo su análisis de los sucesos de mayo de 1968.

(72) ARON (1971): 220.

(73) ARON (1964): 7-8.

(74) «La France, L'Espagne et L'Europe», *Le Figaro*, 9-VI-1964. ARON (1993): 1359 y ss.

ABC presentaba al sociólogo galo como «una de las primeras cabezas de Francia» frente a «los ingenuos panegiristas españoles de la revolución de mayo» (75). Los corresponsales del diario monárquico, José Julio Perlado, Enrique Laborde, Roberto Arenzaga y Juan Pedro Quiñonero, solían difundir sus opiniones sobre la realidad política francesa y europea. En concreto, disfrutó de un amplio relieve su crítica a las revueltas estudiantiles de mayo de 1968, destacándose su lucha en «una batalla de doble ala: contra el extremismo izquierdista permanente de la intelectualidad francesa, que sólo gusta de la revolución, y el extremismo derechista de quienes, inmovilistas, no quieren comprender que ha llegado la hora de reformar sus estructuras antes de que otros las tiren por la ventana de la primera Bastilla que surja» (76). Aron veía en aquellos sucesos una suerte de «nostalgia pujadista de la sociedad preindustrial y una aspiración futurista de una sociedad postindustrial, que aún no ha llegado a Francia, porque Francia sigue siendo pobre» (77). Tras los sucesos de mayo, sentenciaba: «Nadie ha salido engrandecido y Francia, en cambio, sale vencida» (78).

Con motivo del célebre proceso de Burgos, contra algunos militantes de la organización terrorista ETA, Aron interpretó las campañas de las izquierdas francesas a favor de los independentistas vascos más como fruto de su animadversión hacia el régimen español que de apoyo a una etnia supuestamente oprimida. Y es que era preciso reconocer que el Estado francés se caracterizaba por un «ardor centralizador» tan firme como el de los gobernantes españoles; y que se había caracterizado por su clara hostilidad hacia las lenguas y las etnias minoritarias. Aron volvía a reconocer los progresos experimentados por España, que la configuraban como una «España europea». Y, por ello, criticaba el aislamiento propugnado por las izquierdas francesas, que no era sólo fruto de una «condena hipócrita», sino un error estratégico que favorecería el empecinamiento de los partidarios más irreductibles del régimen autoritario frente a los reformistas (79).

Cuando salió a la luz, a comienzos de 1968, el dominical de *ABC*, Aron figuró, al lado de Toynbee, Russell, Koestler, Marcel, Malraux, Cau, Moravia, Montanelli, Dos Passos, Samuelson, etc., entre sus colaboradores más asiduos. A lo largo de varios años escribió, en sus páginas, acerca de los más variados temas: la política francesa tras De Gaulle, Nixon y el asunto Water-

(75) «Un juicio francés sobre la supuesta revolución de mayo», *ABC*, 18-VIII-1968.

(76) *ABC*, 4-IX-1968.

(77) *ABC*, 9-VII-1968.

(78) *ABC*, 1-IX-1968.

(79) «Le procès et les emeutes», *Le Figaro*, 22-X-1970. ARON (1997): 880-882.

gate, Jean Monnet, el socialismo europeo, la figura de Jacques Chirac, las relaciones entre palestinos e israelíes en Oriente Medio, etc. Con posterioridad, Aron colaboró igualmente en el diario *ABC*.

En las postrimerías del régimen de Franco y con la vista puesta en las consecuencias políticas e internacionales de la revolución de los claveles en Portugal, el sociólogo francés destacó las diferencias entre salazarismo y franquismo, al igual que entre las sociedades española y portuguesa. Pese a que Salazar no había llegado al poder, como Franco, tras una sangrienta guerra civil, ni él ni su sucesor Marcelo Caetano propiciaron un milagro económico como el logrado por los dirigentes españoles. Además, el salazarismo se empecinó en la defensa del imperio colonial, mientras que el franquismo había renunciado pragmáticamente a su protectorado marroquí. No obstante, juzgaba negativamente la influencia de la revolución portuguesa en España, porque daba argumentos a los conservadores y producía inquietud entre los reformistas. Sin embargo, por fortuna para España, los partidos de la oposición de izquierdas eran diferentes. En particular, mientras el comunismo portugués era abiertamente prosoviético, el español se mostraba abierto y posibilista. En España, grupos terroristas como el FRAP o ETA no eran representativos de la oposición antifranquista. En tal contexto, Aron estimaba que el régimen español no sobreviviría a Franco; de ahí que tanto Europa como Estados Unidos deberían seguir un criterio realista, favoreciendo a los reformistas y dejando de lado a los grupos «ligados al pacto infernal de la muerte» (80).

Tras la muerte del general Franco, Aron no dudó en enfrentarse a las izquierdas que acusaban al régimen español de totalitario, mientras apoyaban a la Unión Soviética. Y es que la España de Franco, a diferencia de la Unión Soviética, había reconstruido la sociedad civil y se encontraba, en consecuencia, más próxima al liberalismo que los regímenes de socialismo real: «En la España franquista los estudiantes y los intelectuales no fingían ser franquistas a la manera en que los estudiantes y los intelectuales de Europa del Este deben manifestar su adhesión al marxismo-leninismo. Los estudiantes de Madrid no disimulaban en modo alguno sus opiniones más o menos marxistas; las obras de Marx y de sus discípulos se vendían en todas las librerías (lo mismo ocurría en Portugal)» (81).

Con motivo del referéndum sobre la reforma política, Aron criticó a la oposición de izquierdas por propugnar la abstención, ya que tanto el gobierno como el joven monarca habían tomado claramente la iniciativa en el pro-

(80) «Contrastes ibéricos», *Le Figaro*, 8-X-1975. ARON (1997): 1573-1576. Véase *ABC*, 9-X-1975.

(81) ARON (1977): 366.

ceso de liberalización. Pese a ser el heredero de Franco, Juan Carlos I representaba, por su acción y por sus propuestas, «todo lo contrario, un régimen abierto a todos los españoles, donde desaparecería la distinción entre vencedores y vencidos de la guerra civil». De igual forma, Aron pronosticaba que el Partido Comunista sería finalmente legalizado. No obstante, pensaba que «la prueba decisiva» se les presentaría a los nuevos gobernantes el día de las elecciones generales, «en las que los elegidos deberían acordar a la vez sobre la Constitución del porvenir y sobre los hombres destinados a conducir el cambio» (82). Aron comparó a Adolfo Suárez con el griego Constantino Caramanlis (83); y llegó a la conclusión de que Juan Carlos I había sabido tomar la iniciativa de las reformas para conseguir la instauración de una «monarquía democrática (o a una democracia con un rey que reina, pero no gobierna)» (84).

En una entrevista concedida al diario *ABC*, Aron profetizaba que si los socialistas se unían a los comunistas, como había ocurrido en Francia, estarían «haciendo imposible su acceso al gobierno durante muchos años». Al serle preguntado por el papel de Francia en la «transición» española, Aron contestó que «ninguna»: «Ustedes forman una nación madura, capaz de decidir por sí misma. El Gobierno francés colaborará, eso sí, con España en la OTAN y la Comunidad Europea». Confesaba que lo que le hubiera gustado era «aconsejar al PSOE en sentido totalmente contrario a los consejos de Mitterand». Y, en ese sentido, opinaba que la izquierda debería «actuar de forma moderada en beneficio propio. No, tampoco hay razón alguna para hacer la revolución en España». Luego, en una conferencia celebrada en el Club Siglo XXI, Aron propugnó una «etapa intermedia de liberalización» como garantía de «una transición pacífica» (85).

Frente a la ofensiva terrorista de ETA, que amenazaba con desestabilizar la nueva democracia española, Aron criticó abiertamente la actitud del gobierno francés y propugnó «la unificación del espacio judicial europeo». Francia debía evitar, en ese sentido, «presentar como héroes a los terroristas que se esfuerzan en desestabilizar una democracia»; tampoco podía dejar que su territorio se convirtiera en «refugio temporal» o en «base de campaña» de los terroristas (86).

(82) «Après Franco. Les equivoques de la transition», *Le Figaro*, 13-XII-1976. ARON (1997): 1759 y ss. El artículo fue bien recibido en España, véase *ABC*, 15-XII-1976.

(83) ARON (2005b): 40.

(84) «Le Shah, Le Peuple et L'Armée», *L'Express*, 18/24-IX-1978. ARON (2005b): 193.

(85) *ABC*, 10-XII-1976, pág. 7.

(86) «L'internationale terroriste», *L'Express*, 2/8-VIII-1980. ARON (2005b): 437.

La victoria de Felipe González en las elecciones de octubre de 1982 no fue mal recibida por Aron. La interpretó como un triunfo del «centro», que había logrado desarmar a los adversarios de la democracia. No creía que existiese peligro de un golpe de Estado militar como en febrero de 1981. Consideraba que Alianza Popular, bajo el liderazgo de Manuel Fraga, era «un partido de oposición democrática», aunque hubiese sido votado por sectores nostálgicos del franquismo o fieles a la España tradicional. La derrota del PCE confirmaba «el declive del marxismo-leninismo» (87).

Aron no estuvo muy familiarizado con la literatura ni con la filosofía española. Entre sus autores españoles favoritos, se encontraban Salvador de Madariaga y José Ortega y Gasset. Con respecto al primero, alabó su decisión de mantenerse «por encima de la contienda, convencido —y con razón— de que no podría vivir en España fuera cual fuese el bando victorioso, ni en la España de Franco, ni en la de los republicanos, gangrenada por los comunistas» (88). Sin embargo, no parece que se tomase muy en serio su faceta de pensador político. En concreto, su objeción al sufragio universal directo podía considerarse, en un principio, como «una excelente idea», pero que «apenas tiene alguna oportunidad de ser aplicada, pues las ideas políticas tienen su propia lógica». «A partir del momento en que se entra en ese sistema, no hay razón para detenerse» (89). Sin demasiada convicción, recogía las opiniones del escritor español sobre los «caracteres nacionales», defendidas en su conocido libro *Franceses, ingleses y españoles* (90).

Aron tomó más en serio, no sin razón, a Ortega y Gasset. El sociólogo galo conoció personalmente al filósofo español en París, en 1951, a través del historiador Luis Díez del Corral, devoto, como Aron, de la figura de Alexis de Tocqueville. Hablaron del mundo hispanoamericano y de la teoría orteguiana de la mujer criolla (91). Según Díez del Corral, Aron no conocía a fondo el pensamiento de Ortega, pero había leído *La rebelión de las masas* (92). Aron consideraba esta obra de Ortega como un «libro clásico» y le divertía sobremanera la frase del pensador español que relacionaba el ser de izquierda o de derecha como formas de «hemiplejía moral» (93). En su obra *Las desilusiones*

(87) «Démocratie européenne», *L'Express*, 5-XII-1982. ARON (2005b): 559-560. «Bipartidismo en España», *ABC*, 6-XII-1982.

(88) ARON (1985a): 139.

(89) ARON (1999): 142.

(90) ARON (1968): 178.

(91) Carmen IGLESIAS, «Reencarnación del pensamiento socrático», *ABC*, 17-X-1993.

(92) «Una autoridad intelectual», *El País*, 18-X-1983.

(93) «Hémiplégie morale», *L'Express*, 18/24-III-1983. ARON (2005b): 817-818.

del progreso, Aron se hizo eco de las críticas orteguianas al feminismo teorizado por Simone de Beauvoir en *El segundo sexo*. Destacaba, además, su oposición a la creciente masificación de las sociedades occidentales, que contraponía a las opiniones revolucionarias de Jean Paul Sartre (94). Ya en su primera obra hizo mención a la «rebelión de las masas» (95).

De hecho, tanto la revista *Commentaire* como el diario español *ABC* publicaron un ensayo inédito de Aron dedicado a *La rebelión de las masas*. Se trataba del texto de una conferencia que el pensador galo había proyectado pronunciar en mayo de 1983 en el Instituto Ortega y Gasset de Madrid, con motivo del centenario del nacimiento del filósofo español, y que la muerte le impidió realizar. Aron no dudaba en calificar al filósofo español de «maestro del pensamiento»; y lo comparaba con Benedetto Croce. En la conferencia, Aron confesaba haber leído el libro por vez primera en 1932, «en una traducción alemana durante el ascenso del movimiento hitleriano». Para Aron, Ortega era un pensador «antirrevolucionario»; porque juzgaba «la idea de revolución, de la transformación total de la sociedad como una iniciativa falsa, rechazada por la experiencia histórica de los últimos siglos del pasado europeo». «Si Sartre se ha equivocado tan a menudo cuando escribía sobre política es porque jamás se curó de su revolucionarismo». Y es que esa actitud mental o moral consistía «en un desconocimiento de los deseos imperativos de la “razón histórica”: la continuidad y el cambio». Como antirrevolucionario, Ortega permaneció fiel al liberalismo y manifestó su admiración por los doctrinarios franceses, al igual que su adhesión a las instituciones representativas. De esta forma, el pensador español se mostró como un «filósofo civilizado». No obstante, Aron criticó su valoración despectiva tanto de la Rusia soviética como de Estados Unidos. Y es que Rusia se había identificado con una ideología como el marxismo que «no había perdido su capacidad de expansión, aunque en Europa occidental parece destinada a una decadencia irreversible»; mientras que Estados Unidos, lejos de ser una sociedad meramente utilitaria, había alcanzado en los ámbitos de la ciencia pura «un lugar eminente». Sin embargo, la idea más vigente defendida por Ortega era la de su proyecto de unidad europea, que se configuraba como la alternativa de «la causa de una Europa que se cree decadente» (96).

La recepción del pensamiento aroniano en España se vio bloqueada, en un principio, tanto a nivel filosófico como de teoría social, por la realidad de

(94) ARON (1969): 104-105, 121 y 181.

(95) ARON (2006): 465.

(96) «Raymond Aron: una lectura crítica de *La rebelión de las masas*», en *ABC Literario*, 6 y 13-II-1988.

un régimen político autoritario, hostil, sobre todo en sus primeros momentos, al liberalismo; y luego por la influencia del marxismo en las nuevas generaciones intelectuales. Para éstas, Aron era el representante del pensamiento conservador y tecnocrático. Esta tesis fue defendida por el joven sociólogo Luis Rodríguez Zúñiga, en la obra *Raymond Aron y la sociedad industrial*, primer estudio monográfico dedicado al pensador francés en nuestro suelo. La obra iba precedida por un prólogo de Luis González Seara, quien igualmente relacionaba a Aron con la tecnocracia, porque su concepción de la sociedad industrial era «desideologizadora» y tenía como objetivo nada encubierto la defensa del «modo de producción capitalista». Por su parte, Rodríguez Zúñiga pretendía, en la obra, «no trazar un retrato intelectual de Aron, sino leer su discurso intentando encontrar su eventual colaboración al conocimiento de las sociedades a las que clasifica de desarrolladas». Para Rodríguez Zúñiga, Aron era un pensador «instalado en la derecha», cuyo objetivo era «poner de manifiesto lo inútil y peligroso de las ideologías». Su concepción de la sociedad industrial era, en el fondo, una alternativa al marxismo, mediante la cual pretendía soslayar las diferencias cualitativas entre capitalismo y socialismo: «¿puede pretenderse seriamente caracterizar a los regímenes capitalistas (aunque Aron prefiera denominarlos occidentales, no por ello dejan de ser capitalistas) sin tener en cuenta la existencia de la propiedad privada de los medios de producción?». A nivel político, Aron era un defensor de la teoría elitista de la democracia. Su tesis del fin de las ideologías perseguía el descrédito de los proyectos revolucionarios. Una tesis que había sido desmentida, a juicio del sociólogo español, por el estallido de mayo del 68. En conclusión, toda la obra de Aron significaba una clara apología del «sistema establecido» (97).

Desde el mismo enfoque materialista, Julio Rodríguez Aramberri —democristiano devenido en marxista— analizó la teoría de las elites de Aron, a la que interpretaba como una alternativa al materialismo histórico. A su entender, la teoría aroniana era claramente apologética de las sociedades capitalistas y, además, carecía de «fuerza explicativa». Y es que, a su juicio, la noción de elite debía ser sustituida por la de «clase dominante», entendiendo por tal una alianza de los propietarios de los medios de producción con los dirigentes políticos y los ideólogos legitimadores de la situación. Lo que realmente unificaba estos sectores eran «las agencias productivas, incluso en el caso de que sus miembros en tiempos normales favorezcan ésta o aquélla de las posibles agencias de mediación». El modelo aroniano de pluralidad de

(97) RODRÍGUEZ ZÚÑIGA (1973).

los sectores políticos y sociales era un «modelo vacío», ya que no daba «una sola clave para comprender si determinadas secciones de la elite son más fundamentales que otras; si y a través de qué y cómo las elites circulan, etc.». Destacaba igualmente Rodríguez Aramberrí la incompreensión del sociólogo francés hacia la realidad de la Unión Soviética y las conquistas de la revolución de octubre, que habían supuesto «un buen paso en el camino de las transformaciones de las relaciones sociales» (98).

Como teórico de las relaciones internacionales, Aron mereció la atención de otro marxista, Roberto Mesa, para quien era un neomaquiaveliano adscrito a la escuela realista. A su juicio, Aron había sido el pensador que «más había hecho por la elaboración de una teoría sociológica de las Relaciones Internacionales». Criticaba su teoría de la superioridad del orden interno sobre el orden internacional; y denunciaba su «visión absolutamente pesimista», su pesimismo antropológico, calificándolo de «realista mal atemperado» (99).

La intelectualidad española ha tardado en rendir homenaje al pensador galo. En 2005, en conmemoración de su centenario, la Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales (FAES) publicó, bajo la dirección de José María Lassalle, un volumen colectivo con el título de *Raymond Aron: Un liberal resistente*, en cuyas páginas colaboraron Jean François Revel, Nicolas Baverez, José Manuel Romay, Alejandro Muñoz Alonso, Alejandro Campi, Eusebio Fernández García, Enrique Aguilar, Pedro F. Gago, Felipe Sahagún, Julián García-Vargas, Jerónimo Molina Cano y Agapito Maestre. En la introducción a la obra, Lassalle afirmaba la actualidad del pensamiento aroniano ante los nuevos retos del terrorismo global y del ascenso del fundamentalismo islámico: «Desde el 11-S a escala planetaria, y en nuestro país desde el 11-M, Raymond Aron vuelve a estar vigente y, con él, ese vínculo trasatlántico de que las democracias occidentales que se edifican a ambas orillas del Atlántico deben defenderse con principios y realismo en un ejercicio de convicción profundo y decidido». Además, aquel volumen venía a ser, el homenaje a «uno de los pensadores liberales más poderosos que toman la palabra en el difícil escenario de las ideas del siglo XX» (100).

Y es que si el liberalismo quiere, hoy por hoy, tener un futuro, deberá seguir el camino realista perfilado, a lo largo de su obra, por Raymond Aron, que sigue siendo una seria rectificación a los perfiles abstractos esbozados por otros maestros como Hayek o Popper. En ese sentido, Aron es —y será— un ejemplo a seguir y a estudiar.

(98) RODRÍGUEZ ARAMBERRI (1977): 137-169.

(99) MESA (1980): 46, 61, 65-66, 71.

(100) LASSALLE (2005): 13-14.

X. BIBLIOGRAFÍA

- ARON, R. (2006): *Introducción a la filosofía de la historia (1936)*. Losada. Buenos Aires.
- (1948): *Le Grand Schisme*. Gallimard. París.
- (1957a): *La sociología alemana contemporánea*. Paidós. Buenos Aires.
- (1957b): *La tragedie algérienne*. Gallimard. París.
- (1962): *Dimensiones de la conciencia histórica*. Tecnos. Madrid.
- (1964): «Meditación y símbolo», en *Tiempo de España*. Ínsula. Madrid.
- (1965): *La lucha de clases*. Seix Barral. Barcelona.
- (1966): *Ensayo sobre las libertades*. Alianza. Madrid.
- (1968): *Democracia y totalitarismo*. Seix Barral. Barcelona.
- (1969a): *Los marxismos imaginarios. De Sartre a Althusser*. Monte Avila. Caracas.
- (1969b): *Les desilusions du progrès*. Gallimard. París.
- (1970): *La revolución estudiantil*. Desclée de Brouwer. Bilbao.
- (1971): *Dieciocho lecciones sobre la sociedad industrial*. Seix Barral. Barcelona.
- (1973): *La república imperial*. Alianza. Madrid.
- (1976): *Las etapas del pensamiento sociológico*. Siglo XX. Buenos Aires.
- (1977): *En defensa de la libertad y de la Europa liberal*. Argos Vergara. Barcelona.
- (1979a): *El opio de los intelectuales (1955)*. Siglo XX. Buenos Aires.
- (1979b): Estudio introductorio a *El político y el científico*, de Max Weber. Alianza. Madrid.
- (1984): *Los últimos años del siglo*. Espasa-Calpe. Madrid.
- (1985a): *Memorias*. Alianza. Madrid.
- (1985b): *Paz y guerra entre las naciones*. Alianza. Madrid.
- (1987): *Pensar la guerra. Clausewitz*. Instituto de Publicaciones Navales. Buenos Aires.
- (1989): *Estudios sociológicos*. Espasa-Calpe. Madrid.
- (1993a): *Machiavel et les tyrannies modernes*. Fallois. París.
- (1993b): *La Coexistence*. Fallois. París.
- (1996): *Une histoire du vingtième siècle*. Plon. París.
- (1997a): *Estudios políticos*. FCE. México.
- (1997b): *Les crises*. Fallois. París.
- (1999): *Introducción a la filosofía política*. Gedisa. Barcelona.
- (2004): *Le spectateur engagé*. Fallois. París.
- (2005a): *Penser la liberté, penser la démocratie*. Gallimard. París.
- (2005b): *De Giscard a Mitterand*. Fallois. París.
- (2007): *Essais sur la condition juive contemporaine*. Tailandier. París.
- (2010): *El marxismo de Marx*. Siglo XXI. Madrid.
- BEAUVOIR, S. (1971): *El pensamiento político de la derecha*. Edhasa. Barcelona.
- BAVEREZ, N. (1993): *Raymond Aron. Un moraliste au temps des ideologies*. Flammarion. París.

- CAMPI, A. (2005): *Pensare la politica. Saggio su Raymond Aron*. Ideazione. Roma.
- COHEN-SOLAL (2005): *Jean Paul Sartre*. Anagrama. Barcelona.
- (2006): *Jean Paul Sartre 1905-1983*. Edhasa. Barcelona.
- FURET, F. (2007): *Pênsar le XX siècle*. Robert Laffont. París.
- GARCÍA PELAYO, M. (1977): *Las transformaciones del Estado contemporáneo*. Alianza. Madrid.
- GONZÁLEZ CUEVAS, P. C. (2009): *Conservadurismo heterodoxo*. Biblioteca Nueva. Madrid.
- KISSINGER, H. (2010): *Diplomacia*. Ediciones B. Barcelona.
- LASSALLE, J. M. (2005): *Raymond Aron. Un liberal resistente*. FAES. Madrid.
- MAIER, Ch. S. (1988): *La reconstrucción de la Europa burguesa*. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Madrid.
- MANN, G. (1987): *Una juventud alemana. Memorias*. Argos-Vergara. Barcelona.
- MESA, R. (1980): *Teoría y práctica de las relaciones internacionales*. Taurus. Madrid.
- MOLINA CANO, J. (2000): *Julien Freund. Lo político y la política*. Sequitur. Madrid.
- MULLER, P. (2003): *Carl Schmitt et les intellectuels français*. FAEHC. París.
- RODRÍGUEZ ARAMBERRI, L. (1977): *Los límites de la sociología burguesa*. Akal. Madrid.
- RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, L. (1973): *Raymond Aron y la sociedad industrial*. I.O.P. Madrid.
- SARTRE, J. P. (1973): *Alrededor del 68*. Losada. Buenos Aires.
- SCHMITT, C. (1991): *El concepto de lo político*. Alianza. Madrid.
- SIRINELLI, J. F. (2005): *Comprendre le XX siècle français*. Fayard. París.
- (2006): «Aron», en *Dictionnaire De Gaulle*. Robert Laffont. París.